

# OMNISCENCIA *Por Francisco Javier Caballero Solana*

*Para los recientes abuelos, Paca y Alberto*

Desde que tenía uso de razón, siempre se había preguntado por una curiosa relación que encontraba entre todo lo que observaba. Durante toda su vida, le asaltaba una y otra vez una cuestión en su cabeza: ¿Existía una armonía entre todas las cosas?

Había comenzado a tocar la guitarra, el piano, y varios instrumentos de viento apasionándose con la música con solo cuatro años de edad, cuando ya sabía leer, escribir y realizar operaciones de aritmética. Ya entonces, leía varios libros a la semana, manifestando un apetito voraz por la cultura y el saber.

Años más tarde leyó un ensayo de Pitágoras sobre las relaciones existentes entre la música y las matemáticas. Experimentando con sus propios instrumentos, se daba cuenta que los sentimientos de tristeza o alegría, exaltación o calma, libertad o angustia que la música provocaba, tenían una razón matemática subyacente.

Comenzó a estudiar en la ciudad universitaria a los doce años. Estudió todas las ingenierías, arte, filosofía, historia, derecho, biología, geología, matemáticas, física y química. Conoció a los investigadores de todos los campos y trabajo con ellos. Realizó varias tesis doctorales, todas enfocadas sobre las relaciones entre las ramas del conocimiento. En física, profundizó en las ecuaciones de Maxwell, que relacionan campo eléctrico y magnético como parte del mismo fenómeno, introduciendo la fuerza de la gravedad y la mecánica cuántica, y unificando las fuerzas elementales naturales. Descubrió conexiones definitivas entre los climas de cada región, su cultura y su lenguaje. Comprendió la influencia de la historia en la política. Cuantificó patrones matemáticos en las proporciones artísticas de la pintura, la escultura y la arquitectura.

Hasta que un precioso día primaveral, mientras escuchaba el canto de los pájaros sentado en la hierba del parque de ciencias, comprendió la armonía del mundo. No era algo intelectual sino sentimental. Supo que durante toda su vida había estado recordando conocimiento que había olvidado, su alma siempre había sido omnisciente, todas las almas lo eran. Todo el tejido universal era una misma energía. Se dio cuenta que su alma debía escapar, debido al sentimiento de infinitud.

Progresivamente, fue olvidando quien era, la completitud fue apagándose. Pudo escuchar muy levemente como el canto de los pájaros se transformaba en el llanto de un bebe, y entonces dio su último suspiro.

El médico llevó a la niña en brazos de su madre, quien le dijo, entre lágrimas de esfuerzo y alegría: -Eres preciosa, Abril-.